

***Pastorear el rebaño de Dios
de manera orgánica
en conformidad con la iniciativa de Dios
y brindándole nuestra cooperación***

Lectura bíblica: Mr. 9:7-8; Hch. 22:8, 10, 14-15; 26:16-19;
1 Ti. 3:15; Ef. 3:14-21

Día 1

I. A fin de pastorear el rebaño de Dios de manera orgánica, es imprescindible ver que toda obra y servicio que realicemos en la iglesia tiene que ser iniciado por Dios y ser llevado a cabo en conformidad con Su deseo (Jer. 2:13; Ro. 11:36):

- A. Abel sirvió a Dios por fe en conformidad con la revelación de Dios y, en tipología, ofreció a Cristo a Dios; la ofrenda de Abel no procedía de él mismo, sino de Dios; dicha ofrenda había sido revelada por Dios así como mandada y ordenada por Él (He. 11:4; Ro. 10:17).
- B. El servicio que Caín rindió a Dios procedía de él mismo y fue realizado conforme a su propia voluntad y pensamiento, con lo cual él cometió la herejía de rechazar la redención por sangre requerida y ordenada por Dios; su manera de proceder en conformidad con sus propias opiniones no era de Dios, sino que procedía de él mismo (Gn. 4:1-5, 16; Jud. 11a).
- C. Noé sirvió a Dios conforme a la revelación y al mandato de Dios (Gn. 6:8-22).
- D. El servicio que Abraham rindió a Dios era regido por las apariciones de Dios; dichas apariciones motivaron y regularon todas las acciones de Abraham (12:1, 9—13:4).
- E. Moisés sirvió a Dios conforme a las instrucciones que Dios le dio para la liberación de los hijos de Israel, y fue divinamente instruido por Dios a que edificara el tabernáculo conforme al modelo que le fue mostrado en el monte (Éx. 3:10; 25:9, 40; He. 8:5).
- F. David amaba a Dios, le temía y cooperó con Él; aunque él tuvo ocasión de edificar el templo de Dios, sabía que era necesario edificarlo y poseía la

Día 2

capacidad para hacerlo, él se detuvo cuando la palabra de Dios vino a él (2 S. 7:18, 25, 27; cfr. Lc. 1:38):

1. Al detenerse David, se pudo establecer un doble testimonio en el universo: primero, que toda obra en el universo debe proceder de Dios, no del hombre; y segundo, que lo único que cuenta es lo que Dios hace para el hombre, no lo que el hombre hace para Dios.
2. David quería edificar un templo para Dios, pero Dios le dijo que Él le edificaría casa a David, una casa de la cual el reino sería producido (2 S. 7:5, 11-12).
3. Tanto quien edificó el templo como el terreno donde se edificó el templo fueron fruto de que David hubiera sido perdonado de sus pecados, es decir, fueron fruto de lo que Dios hizo por David (12:24-25; 24:1-10, 18-25; 1 Cr. 21:18; 2 Cr. 3:1; Sal. 51).
4. Tenemos que dejar que Dios nos hable, nos dé mandatos, y luego debemos cooperar con Él debido a que le tememos y le amamos (Éx. 21:1-6; Sal. 86:11; 1 Co. 2:9).
5. Debemos amar a Dios al buscar Su voluntad, Su revelación y Sus mandatos; no debíamos hacer nada por nosotros mismos, sino actuar únicamente conforme a la palabra del Señor, nuestro Amo (Éx. 21:5-6; cfr. Jn. 5:30; Is. 50:4-5).
6. La hermana M. E. Barber dijo: “Todo aquel que no puede detener su labor para Dios, no puede laborar para Él”.

Día 3

- G. Pedro aprendió a simplemente prestar atención al mandato del Señor: “A Él oíd”, y a ver “a Jesús solo”, de modo que pudo disfrutar y ministrar a Cristo como el reemplazo universal, o sea, como la centralidad y universalidad de la economía de Dios (Mr. 9:7-8).
- H. Pablo sirvió a Dios conforme a la visión celestial que vio en relación con la economía de Dios (Hch. 26:19; Ef. 3:8-11):
 1. Pablo, al convertirse, le hizo dos preguntas al

Señor: “¿Quién eres, Señor?” (Hch. 22:8), y: “¿Qué haré, Señor?” (v. 10).

2. Pablo se convirtió en ministro y testigo ante todos los hombres del Cristo verdadero al cual él veía y escuchaba continuamente (vs. 14-15; 26:16-19; cfr. 1 Jn. 1:3).
3. Todos debiéramos preguntarle al Señor: “¿Qué haré?”, en lugar de decirle: “Esto es lo que haré”.

Día 4

II. Todos los que sirven a Dios tienen que percatarse de un principio común a todos estos ejemplos, a saber: que la obra de Dios requiere la cooperación del hombre, pero no requiere la iniciativa humana (Is. 6:1-8; 2 Co. 5:19-20; 6:1a):

- A. El único requisito previo para recibir la revelación de Dios es detenernos en cuanto a nuestro hablar, nuestras opiniones, nuestra perspectiva y nuestro yo; siempre que tenemos una opinión y queremos iniciar algo, Dios se detiene y se oculta (Job 38:2; 42:1-6).
- B. Dios hizo que Job se diera cuenta de que él era una persona “que oscurece el consejo / Con palabras sin conocimiento” (38:2; cfr. 42:3); cuando Job vio a Dios, él dijo que se aborrecía, con lo cual hacía referencia a sus opiniones, perspectivas e ideas.
- C. Tenemos que aprender en lo profundo de nuestro ser que Dios únicamente desea nuestra cooperación; tenemos que detenernos en cuanto a todas nuestras opiniones, decisiones e ideas; tenemos que dejar que Él nos hable.
- D. A fin de servir a Dios conforme a Su voluntad tenemos que detenernos, para darle a Dios amplia oportunidad de hablarnos (cfr. Ap. 2:7).

Día 5
y
Día 6

III. Tenemos que aprender cómo conducirnos en la iglesia, la casa del Dios viviente (1 Ti. 3:15), al adoptar la manera orgánica de cuidar de la iglesia, de administrarla orgánicamente, en conformidad con los siguientes diez puntos cruciales:

- A. Cristo tiene que ser revelado en nosotros (Gá. 1:15-16).

- B. Tenemos que ver que Cristo es nuestra vida (Col. 3:4).
- C. Tenemos que darnos cuenta de nuestra necesidad de vivir en Cristo (Gá. 2:20b; Jn. 15:5).
- D. Tenemos que ver que en la cruz se le dio fin a todo lo que somos y tenemos en nosotros mismos (Gá. 2:20a; 6:14; Ro. 6:6).
- E. Es imprescindible que no sirvamos ni laboremos de acuerdo con lo que somos o tenemos en nosotros mismos; todo cuanto seamos, tengamos y hagamos para Dios, tenemos que serlo, tenerlo y hacerlo en nuestro espíritu mezclado, y no en nuestra alma por el poder y la capacidad de ella (1:9; 7:6; 8:4-6, 16; Fil. 3:3; Gá. 5:16, 25; cfr. Jud. 19-20).
- F. Es imprescindible que no impartamos otra cosa que no sea Cristo al realizar nuestro servicio y obra en la iglesia (Gá. 4:19; 2 Co. 2:15-17; 3:3; 13:3).
- G. No debemos esperar que aquellos con los que servimos cambien de modo alguno; en lugar de ello, tenemos que desear únicamente que ellos ganen a Cristo, sean llenos de Cristo y sean completamente ganados por Cristo (1 Co. 2:2; Fil. 3:8-14).
- H. Es imprescindible ver claramente que tiene que haber un solo resultado en nuestro servicio, labor y administración de la iglesia; este resultado es que Cristo tiene que ser producido en la iglesia de tal modo que todos tengan a Cristo, que Cristo aumente en todos y cada uno de los miembros de la iglesia, y que todos lleguen a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (2 Co. 4:12; Fil. 3:8; Col. 2:19; Ef. 4:13).
- I. Tenemos que orar por los ocho puntos mencionados anteriormente; tenemos que ser hombres de oración (1:17-23; 3:14-19; Col. 1:9-12; 4:2).
- J. Tenemos que ser como el apóstol Pablo, quien poseía una fe viva, y creer que Dios puede hacer realidad en nosotros todos estos puntos (Ef. 3:20-21; 1 Ts. 5:24).

Alimento matutino

Ro. Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A 11:36 Él sea la gloria por los siglos. Amén.

He. Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio 11:4 que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus dones; y por medio de la fe, estando muerto, aún habla.

Todo nuestro servicio y obra debe ser iniciado por Dios y no por nosotros. Aunque tal vez sepamos esto en términos doctrinales, no es fácil experimentarlo.

Todos los que laboramos para el Señor en diversos lugares y todos los hermanos responsables en las iglesias tenemos que reflexionar sobre cuánto de nuestra labor al servicio de Dios es iniciada por Dios mismo, y cuánto de ella es iniciada por nosotros. Independientemente de cuán bien hayamos llevado a cabo dichas labores, ¿cuánto de lo que hicimos en el pasado fue iniciado por Dios? Éste es un asunto que verdaderamente reviste gran importancia. Toda obra y servicio que realicemos en la iglesia tiene que ser iniciado por Dios y tiene que concordar con Su deseo.

Todo lo que es iniciado o comenzado por el hombre, independientemente de cuánto de ello sea para Dios, es una actividad religiosa. A los ojos de Dios, esta clase de actividad no es Su servicio ni Su obra. Dios considera que únicamente aquello que Él inició y comenzó es un servicio y una obra para Él. (*Knowing Life and the Church*, pág. 191)

Lectura para hoy

Dios desea que el hombre coopere con Él, pero Él no desea que el hombre inicie nada. Todo lo que es iniciado por el hombre es una actividad religiosa. Para un incrédulo, toda clase de actividad cristiana es una actividad religiosa; pero conforme a nuestro conocimiento de Dios, existen dos clases de actividades: una es una actividad religiosa, y la otra es una acción iniciada por Dios. Esta segunda clase de acción no es una actividad religiosa. Una acción iniciada por Dios es aquella que surge al moverse Dios dentro del hombre instándolo a actuar. Con frecuencia, el hombre

no piensa en Dios ni tiene el deseo de servirle, pero Dios viene a él, motivándolo y conmoviéndolo, revelándole Su persona, comunicándole un mandato, llamándolo y guiándolo, de tal manera que esta persona recibe algo de Dios y no puede dejar de actuar al respecto. Esta clase de acción no tiene relación con la religión; más bien, procede de Dios mismo y es iniciada por Él.

La Biblia muestra que la primera generación que sirvió a Dios después de Adán incluyó a los hijos de Adán: Abel y Caín. Caín era el hijo mayor, mientras que Abel era el menor. En apariencia, ambos poseían un concepto de Dios. Tanto Abel como Caín trajeron una ofrenda a Jehová (Gn. 4:1-5). La ofrenda de Abel no fue una actividad religiosa, pero la de Caín sí. Aun cuando ambos servían a Dios, la ofrenda de Abel no fue una actividad religiosa porque su ofrenda procedía de Dios y no de él mismo. Dios quería un sacrificio presentado de la manera en que lo hizo Abel. Hebreos 11:4 dice: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín”. Según Romanos 10:17, la fe viene por el oír; por tanto, la ofrenda de Abel se originó a raíz de lo que él había escuchado. Él creía en Dios. Su ofrenda de un sacrificio fue realizada en respuesta a la palabra de Dios; él presentó tal ofrenda porque había escuchado la palabra de Dios. Abel recibió una revelación por medio de la palabra de Dios; él escuchó la palabra de Dios, después de lo cual, creyó y por fe ofreció un sacrificio a Dios.

Después de la caída de Adán, Dios le reveló al hombre la redención por medio del derramamiento de la sangre de un sacrificio. La redención mediante el derramamiento de sangre de un sacrificio fue algo iniciado por Dios y enseñado por Él. Debido a que Abel oyó, vio y comprendió esto, él ofreció un sacrificio en conformidad con la enseñanza de Dios. La ofrenda de Abel no procedía de él mismo, sino de Dios; dicha ofrenda había sido revelada por Dios así como mandada y ordenada por Él. Por tanto, la ofrenda de Abel no fue una actividad religiosa. Al obedecer el mandato de Dios, Abel ofreció un sacrificio en conformidad con las instrucciones de Dios y le brindó un servicio a Dios. (*Knowing Life and the Church*, págs. 191-193)

Lectura adicional: Knowing Life and the Church, cap. 16

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

2 S. Dijo el rey al profeta Natán: Mira ahora, yo habito en 7:2 casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas.

5 Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que Yo more?

25 Ahora pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre Tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho.

David sintió que le debía algo a Dios, pues él vivía en un gran palacio mientras que Dios moraba en el tabernáculo. A él le pareció que esto era una injusticia para con Dios, así que se despertó en él el anhelo por edificar un templo para Dios (2 S. 7:1-3). ¿Aceptó Dios la idea de David? A Dios ciertamente le agradó el deseo que David tenía de atender a los intereses de Dios así como de mostrar su amor a Él; pero tanto la intención como la determinación que David tenía de edificarle una casa a Dios fueron rechazados por Él, quien, de inmediato, envió a Natán, el profeta, a David para que le preguntara: “¿Tú me has de edificar casa en que Yo more?” (v. 5). Así pues, Dios rechazó las buenas intenciones de David. (*Knowing Life and the Church*, págs. 196-197)

Lectura para hoy

Ninguno de los asuntos relacionados con nuestro servicio a Dios debiera ser decidido por nosotros mismos. Es correcto que amemos a Dios, pero Dios no quiere que pensemos sobre cómo hacer algo para Él. Dios acepta nuestro deseo de servirle, pero nuestra determinación de hacer algo para Él no puede ser aceptada por Él. Dios dijo: “¿Tú...?”. Dios no quiere que decidamos nada por Él. No dependía de David decidir si se debía edificar el templo o no. Nada debe ser iniciado por nosotros; únicamente Dios puede iniciar algo. Dios respondió a David: “Jehová te hace saber que Él te hará casa” (v. 11).

David era una persona que verdaderamente temía a Dios ... Aunque él tuvo ocasión de edificar el templo, sabía que era necesario edificarlo, y poseía la capacidad requerida para hacerlo, él se detuvo. La edificación del templo parecía necesaria, así como la predicación del evangelio puede parecernos un cometido loable. Sin embargo, si algo es iniciado por el hombre, Dios dirá: “Espacio”. Cuando la iniciativa del hombre haya cesado, entonces Dios podrá ser quien tome la iniciativa y dé el mandato.

En lo referido al servicio, nadie puede iniciar nada para Dios.

No hay limitación alguna con respecto a cuánto podemos amar a Dios o volver nuestro corazón a Él. Dios exige de nosotros que le entreguemos sin reservas nuestro amor y nuestro corazón, pero no podemos traspasar los límites que nos han sido fijados. Podemos amarlo y considerar Su persona, pero no podemos decidir por nosotros mismos qué es lo que debemos hacer en consecuencia. Dios es quien decide, y nosotros tenemos que esperar. Cuando Él nos dé un mandato, podremos laborar. Debemos amar a Dios y esperar por Sus mandatos; debemos buscar Su voluntad y esperar por Su revelación.

Debido a que David temía a Dios, él no reaccionó ... ante Natán; más bien, se detuvo. No es algo insignificante poder detenerse. El acto de detenerse y no edificar el templo reviste gran importancia.

La hermana M. E. Barber dijo: “Todo aquel que no puede detener su labor para Dios, no puede laborar para Él”. Éstas son palabras muy buenas nacidas de la experiencia. David sabía que Dios necesitaba de un templo, pero cuando la palabra de Dios vino a él, inmediatamente detuvo su obrar. Él no detuvo su obrar debido a que no hubiera necesidad ni por falta de capacidad; más bien, se detuvo debido a que Dios no quería que él trabajase.

Al detenerse David, se pudo establecer un doble testimonio en el universo. Primero, que toda obra en el universo debe proceder de Dios, no del hombre; y segundo, que lo único que cuenta es lo que Dios hace para el hombre, no lo que el hombre hace para Dios. David quería edificar un templo para Dios, pero Dios le dijo que más bien Él edificaría casa a David, una casa de la cual el reino sería producido.

Tanto el hijo de David como el terreno donde se edificó el templo fueron fruto de que David hubiera sido perdonado de sus pecados. Aquellos que puedan ver y entender esto, inclinarán sus cabezas en adoración a Dios y dirán: “No es que nosotros podamos hacer algo por Ti, sino que eres Tú quien haces algo por nosotros”. Tenemos que aprender en lo profundo de nuestro ser que Dios únicamente desea nuestra cooperación; Él no quiere que hagamos nada para Él. Aun si pudiéramos hacer algo para Dios, Él no lo necesita; Él únicamente requiere nuestra cooperación. Tenemos que hacer cesar nuestras opiniones, decisiones e ideas; debemos dejar que sea Él quien hable, que sea Él quien intervenga, y que sea Él quien dé el mandato. Todo lo que tenemos que hacer es cooperar con Él. (*Knowing Life and the Church*, págs. 197-199)

Lectura adicional: Knowing Life and the Church, cap. 16

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Mt. Mientras él aún hablaba, he aquí una nube luminosa 17:5 los cubrió; y he aquí *salió* de la nube una voz que decía: Este es Mi Hijo, el Amado, en quien me complazco; a Él oíd.

Hch. Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me dijo: Levántate, y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas.

En el monte de la transfiguración, Pedro vio que el rostro del Señor resplandecía como el sol y que Sus vestiduras se tornaban blancas como la luz (Mt. 17:2); esto despertó el celo y la devoción de Pedro por el Señor, y le dijo: “Haré aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés, y otra para Elías” (v. 4). Esto nos muestra que nuestras opiniones siempre acompañan nuestro celo o devoción ... Aquellos que nos aman siempre nos dan sus opiniones además de su corazón. (*Knowing Life and the Church*, pág. 199)

Lectura para hoy

En el monte de la transfiguración, después de ver la transfiguración del Señor, Pedro se sintió entusiasmado y sugirió hacer tres tiendas. De inmediato se oyó una voz desde los cielos que decía: “A Él oíd” (Mt. 17:5). El Señor Jesús no tenía por qué escuchar a Pedro, y no era necesario que Pedro diera sus opiniones ni tomara decisiones. No es necesario que demos opiniones ni órdenes; es el Señor Jesús quien debe dar el mandato. Quiera el Señor que jamás olvidemos esto: Cuando Pedro le dijo al Señor que haría tres tiendas —una para el Señor, otra para Moisés y otra para Elías—, de inmediato vino una voz del cielo que decía: “Este es Mi Hijo, el Amado, en quien me complazco; a Él oíd”. Los que servimos al Señor tenemos que aprender esta lección. No debemos ser personas cuyas opiniones e ideas surgen todas las veces que servimos al Señor; más bien, tenemos que permanecer callados y prestar atención a Su mandato.

Pablo, antes de su conversión, era Saulo (Hch. 13:9). Cuando él era Saulo, no era un gran pecador; más bien, era un fariseo temeroso de Dios, obediente a la ley, y una persona muy devota y

piadosa. Todas sus actividades, sin embargo, eran actividades religiosas realizadas sin haber recibido revelación ni la luz de Dios, pues todas ellas estaban basadas en sus propias ideas. Él simplemente seguía la tradición de sus padres y había sido enseñado a los pies de Gamaliel (22:3). Sin embargo, mientras se encontraba en camino a Damasco, el Señor le salió al encuentro. Fue únicamente en tales circunstancias que Pablo preguntó: “¿Qué haré, Señor?” (v. 10). ¡Bienaventurado aquel que hace esta pregunta! Debemos preguntar al Señor: “¿Qué haré?”, en lugar de decirle: “Esto es lo que haré”. El Señor le respondió: “Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer” (9:6; 22:10). El Señor le dijo a Pablo lo que debía hacer. Pablo no fue quien tomó la decisión; más bien, el Señor le mostró una visión. Ver una visión no depende de nuestras decisiones. No debemos tomar decisiones propias; únicamente debemos dejar que Dios sea el que decida. (*Knowing Life and the Church*, págs. 200-201)

En las reuniones, las hermanas se cubren la cabeza con respecto a los hermanos. Esto significa que todos están cubiertos delante de Cristo. Él es el Señor, y sólo Él es la Cabeza. Sólo Él es digno de ser el Señor de todo, y sólo Él es digno de iniciar una obra. En la obra de Dios, ninguna decisión debe ser tomada mediante el diálogo de dos o tres hermanos. El resultado y el valor de una obra —es decir, que sea espiritual y agradable a Dios o no— no depende de la cantidad de trabajo que haya sido realizado, sino de cuánto haya sido iniciado por nosotros mismos y cuánto haya sido iniciado por Dios. Cuanto menos iniciemos nosotros, más espiritual, valiosa y aceptable será la obra para Dios. Agradezco a Dios que yo no tengo que iniciar nada. Él lo dispone todo. Yo no tengo que ser responsable por proponer nada. A menudo pensamos que debemos hacer esto o aquello, pero Dios tiene Su propia agenda. Nosotros no tenemos que ser Sus consejeros. Únicamente tenemos que hacer Su voluntad y descubrir si algo es conforme a Su voluntad. No tenemos que preocuparnos por el resultado. La voluntad de Dios, y únicamente Su voluntad, debe dar inicio a la obra de Dios. Nosotros no tenemos derecho a iniciar nada. La voluntad de Dios debe ser lo único que dé comienzo a todas Sus obras. (*The Collected Works of Watchman Nee*, tomo 42, pág. 360)

Lectura adicional: Knowing Life and the Church, cap. 16

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Job ...Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;/ Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.

5-6 De oídas te había oído;/ Mas ahora mis ojos te ven. / Por tanto me aborrezco, y me arrepiento / En polvo y ceniza.

Todos aquellos que sirven a Dios tienen que percatarse de un principio común a todos estos ejemplos, a saber: que la obra de Dios requiere la cooperación del hombre, pero no requiere la iniciativa humana. Ninguna obra debe ser iniciada por nosotros. Toda obra debe ser iniciada por Dios. Él ordena, Él llama y Él comisiona. Debemos prestarle atención sin reservas. Cuando Él nos encargue algo, debemos obedecerle; y cuando Él exija algo de nosotros, debemos acatarlo. (*Knowing Life and the Church*, pág. 201)

Lectura para hoy

Por último, tenemos que preguntarnos: ¿Cómo podemos conocer lo que Dios ha ordenado? ¿Cómo podemos conocer la voluntad de Dios y Su revelación? ¿Cómo podemos saber qué es lo que Dios desea que hagamos? Job 38:2 dice: “¿Quién es ése que oscurece el consejo / Con palabras sin conocimiento?”. Estas palabras implican mucho. Job era una persona temerosa de Dios; él era muy piadoso en relación con Dios. Al mismo tiempo, él verdaderamente quería más de Dios al punto que incluso Dios se jactaba de que “no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto” (1:8). Incluso Satanás no podía negar que Job era varón perfecto e íntegro. No obstante, la perspectiva y opinión de Job no habían sido quebrantadas. En lo referido a su amor por Dios, él verdaderamente amaba a Dios, pero él todavía tenía su propia perspectiva de las cosas, la cual era muy prevaleciente; y en lo referido a temer a Dios, él temía mucho a Dios, pero todavía tenía sus propias opiniones. El debate entre Job y sus amigos nos muestra que Dios estaba escondido. A lo largo del libro de Job es Job quien más habla. Dios pudo intervenir sólo después que Job y sus amigos se cansaron de hablar.

Si no permitimos que Dios intervenga debido a que no cesamos de hablar, no podremos entender la voluntad de Dios debido a que todavía tendremos muchas cosas que ocupan nuestro ser.

Éste es nuestro problema. Nuestro Dios ciertamente es capaz de permanecer en silencio. Cuando los amigos de Job estaban discutiendo con él, Dios fue muy paciente. Él simplemente se apartó y dejó que todos hablaran; Él intervino para hablarles únicamente después que todos habían terminado de hablar. El único requisito previo para recibir la revelación de Dios es detenernos en cuanto a nuestro hablar, nuestras opiniones, nuestra perspectiva y nuestro yo. Si bien es fácil hablar de detenerse, no es fácil hacerlo. La mejor manera de detenerse es morir; una vez que morimos, cesa toda actividad nuestra.

El consejo de Dios es oscurecido por las palabras del hombre. La opinión de una persona es expresada por medio de sus palabras, y sus palabras representan sus opiniones. De acuerdo con Dios, las palabras del hombre no hacen sino oscurecer el consejo de Dios. En consecuencia, cuando Job habló, Dios se escondió. Después, Job se dio cuenta de que Dios permanecía en silencio cuando él hablaba. Cuando tenemos una opinión y queremos iniciar algo, Dios se detiene y se oculta. Tenemos que darnos cuenta de esto.

Cuando la Biblia nos habla de Satanás, a veces hace referencia a las opiniones del hombre. En Mateo 16 se nos relata un segundo incidente ocurrido con Pedro. Cuando Pedro intentó impedirle al Señor que subiera a Jerusalén para sufrir a manos de los judíos, el Señor le respondió: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás! ... porque no pones la mente en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23). Después, Él dijo: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo” (v. 24). Todo esto nos habla de las opiniones e ideas de los hombres. Cuando Job dijo: “Me aborrezco” (Job 42:6), estaba refiriéndose principalmente a sus opiniones, perspectivas e ideas. Al servir en diversos lugares con el fin de guiar y administrar las iglesias, el problema mayor que encontramos es el representado por las opiniones. Una vez que alguien desea verdaderamente servir al Señor y se convierte en una persona devota, sus opiniones se ponen de manifiesto. En ese momento, Dios se esconderá y no manifestará Su voluntad. Todo lo que iniciemos nosotros será interrumpido por Dios. En lo referido a servir a Dios, tenemos que detenernos, para darle a Dios amplia oportunidad de hablarnos. Para esto se necesita que estemos ejercitados. (*Knowing Life and the Church*, págs. 201-202)

Lectura adicional: The Collected Works of Watchman Nee, tomo 42, cap. 45

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Gá. Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el 1:15-16 vientre de mi madre, y me llamó por Su gracia, revelar a Su Hijo en mí, para que yo le anunciase como evangelio entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre.

Todos aquellos que sirven en la iglesia deben ver qué es la iglesia, cuál es la naturaleza de la iglesia, qué es lo que Dios desea edificar y cuáles son los materiales con los cuales Dios edifica la iglesia. Una vez que hayamos entendido claramente estos asuntos podremos administrar y servir en la iglesia. (*How to Administrate the Church*, págs. 107-108)

Lectura para hoy

En primer lugar, si hemos de administrar la iglesia, Cristo tiene que ser revelado en nosotros. En segundo lugar, debemos ver claramente que Cristo es nuestra vida. Tercero, debemos comprender que tenemos que vivir en Cristo. Cuarto, debemos ver que en la cruz se le dio fin a todo lo que somos y lo que tenemos en nosotros mismos. Quinto, no debemos servir ni laborar de acuerdo con lo que somos o tenemos en nosotros mismos. Sexto, no debemos impartir otra cosa que no sea Cristo al realizar nuestro servicio y obra en la iglesia. Séptimo, no debemos esperar que aquellos con los que servimos cambien de modo alguno; en lugar de ello, tenemos que desear únicamente que ellos ganen a Cristo, sean llenos de Cristo y sean completamente ganados por Cristo. Octavo, debemos ver claramente que tiene que haber un solo resultado en nuestro servicio, labor y administración de la iglesia: que Cristo sea producido en la iglesia de tal modo que todos tengan a Cristo, que Cristo aumente en cada uno de los miembros y que todos lleguen a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Noveno, si hemos de administrar la iglesia, debemos orar con respecto a los ocho puntos mencionados anteriormente; tenemos que ser hombres de oración. Décimo, debemos ser como el apóstol Pablo, quien poseía una fe viva, y creer que Dios puede hacer realidad en nosotros todos estos puntos. Los primeros ocho puntos se refieren al servicio necesario en la administración de la iglesia; los

últimos dos puntos especifican que debemos orar y tener fe, es decir, que debemos orar diariamente con respecto los ocho puntos anteriores, creyendo que Dios es capaz de hacer mucho más de lo que pedimos o pensamos. El poder de Dios no está fuera de nosotros, sino que se halla en nuestro interior. Mediante la operación de este poder en nuestro interior, Dios podrá cumplir todas estas cosas. En esto consiste la administración de la iglesia. Si no vemos esto, nuestro servicio en la iglesia quedará anulado.

Pablo es un buen ejemplo de lo que significa servir; en él podemos ver cumplidos todos estos diez puntos. En sus catorce epístolas, él habla claramente acerca de estos diez puntos.

Primero, en Gálatas 1:15-16 él dice que servía a Dios porque le agradó a Dios “revelar a Su Hijo en mí, para que yo le anunciase como evangelio entre los gentiles”. Él servía a Dios de esa manera porque Dios había revelado a Su Hijo en él a fin de que anunciara a Cristo entre los gentiles. Él anunciaba al Hijo de Dios. No anunciaba el cristianismo ni ninguna doctrina en particular, sino únicamente a Cristo. Pablo no anunciaba algún conocimiento ni alguna doctrina, sino al Cristo vivo que Dios había revelado en él.

En la iglesia muchos hermanos y hermanas sirven a Dios únicamente motivados por cierto fervor o diligencia, pero no por una revelación de Cristo. Si aquellos que sirven no poseen una revelación de Cristo, cuando mucho lograrán despertar el celo de las personas pero no podrán ministrarles a Cristo. Aunque un hermano servidor ya haya creído en el Señor, con todo, debe poseer una revelación clara y específica acerca de Cristo.

A fin de predicar el evangelio, debemos poseer una revelación de Cristo. Sin esta revelación, lo único que lograremos con nuestra predicación será persuadir a las personas a que se unan a cierta religión y crean en ciertas enseñanzas ... Sin revelación, no podemos hacer que otros vean a Cristo; sin visión, no podemos impartir a Cristo en otros. Cuando predicamos el evangelio, debemos poseer una revelación; debemos ser como Pablo, quien recibió una revelación de parte de Dios, y luego anunció a Cristo entre los gentiles. (*How to Administrate the Church*, págs. 108-109)

Lectura adicional: How to Administrate the Church, cap. 8

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.

Gá. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí.

[Continuemos examinando los diez puntos relacionados con el servicio según los vemos ejemplificados en el apóstol Pablo]. En segundo lugar, en Colosenses 3:4 Pablo habla de “Cristo nuestra vida”, dándonos a entender que él vivía en Dios juntamente con Cristo. Tercero, a los que procuraban cumplir la ley por sus propios medios, él les dijo: “Yo ... he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios ... y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí” (Gá. 2:19-20). Él comprendió que necesitaba vivir en Cristo. Cuarto, Pablo dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (v. 20). Esto significa que él comprendía que todo lo que tenía había sido eliminado en la cruz. Quinto, en Gálatas 6:14 dice: “El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”. Esto quiere decir que él sabía que había sido aniquilado y que ahora vivía en Cristo. Con relación a la cruz, Pablo había sido aniquilado; él ya no vivía conforme a su antiguo yo. No solamente éste era el parecer de Pablo sino también la impresión que se llevaba la gente del mundo cuando lo veía. Sexto, en Gálatas 4:19 él dice: “Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”. La única meta de Pablo era impartir a Cristo en las personas a fin de que Cristo pudiera aumentar en ellas. (*How to Administrate the Church*, págs. 109-110)

Lectura para hoy

Séptimo, en 1 Corintios 2:2 Pablo dice: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”. En aquel tiempo habían surgido muchos problemas en la iglesia

en Corinto; algunos de los santos estaban constituidos sólo de carne, otros eran carnales y otros habían pecado. Pablo no esperaba que los que estaban fríos se volvieran más fervientes ni que los que estaban equivocados mejoraran en ciertos aspectos; más bien, él tenía una sola esperanza, a saber: la esperanza de que Cristo aumentara en ellos.

Octavo, en 2 Corintios 4:12 Pablo dice: “La muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida”. Pablo vio que el resultado de su obra únicamente podía ser Cristo y la vida. Cuando él veía que el resultado de la obra realizada por otros no era Cristo, él les escribía amonestándolos o corrigiéndolos (1 Co. 4:14). El único propósito de sus catorce epístolas era introducir al hombre en Cristo y hacer crecer en la iglesia la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4:13). Éste era su único anhelo. Noveno, Pablo oró con respecto a todos estos asuntos (Ro. 1:9; Ef. 1:16; Col. 1:9; 1 Ts. 1:2). Décimo, él creía que Dios era capaz de hacer mucho más de lo que él pudiera pedir o pensar (Ef. 3:20).

Las epístolas de Pablo se centran en estos diez puntos. De hecho, estos diez puntos pueden resumirse en uno solo: Cristo. Él vio a Cristo; anunció a Cristo; Su obra era Cristo; oraba a Cristo; su fe era Cristo; y el resultado de su obra no podía ser menos que Cristo. De principio a fin, Cristo era el centro. Cristo pudo pasar por medio de Pablo y llegar a todos aquellos a quienes él servía; en otras palabras, Cristo fue producido en ellos.

Estos diez puntos nos muestran cómo se debe administrar la iglesia; no obstante, no podemos escribirlos en un papel y hacer de ellos los “Diez Mandamientos”. No debemos ser personas del Antiguo Testamento, sino, más bien, personas del Nuevo Testamento, aquellos que permiten que sea el Espíritu Santo quien inscriba estos diez puntos en las tablas de nuestro corazón, de modo que podamos vivir conforme a ellos. En esto consiste la administración de la iglesia, el servicio en la iglesia; éste debe ser nuestro propósito al visitar a las personas, al predicar el evangelio y al edificar a otros en la fe. Todos los ancianos, diáconos y aquellos que sirven en la iglesia deben seguir este modelo. (*How to Administrate the Church*, págs. 110-111)

Lectura adicional: How to Administrate the Church, cap. 8

Iluminación e inspiración: _____

